Memoria del fuego 1. Los nacimientos. Eduardo Galeano. Ilustrado por Luis Felipe Noé

1554
Cuzco

El alcalde y las orejas

Desde la amenaza del galán, don Diego se palpa las orejas cada mañana, al despertarse, y las mide ante el espejo. Ha descubierto que las orejas crecen cuando están contentas y que las encogen el frío y las melancolías; que las calientan al rojo vivo las miradas y las calumnias y que aletean desesperadamente, como pajaritos en la jaula, cuando escuchan los chasquidos de una hoja de acero que se afila.

Para ponerlas a salvo, don Diego las trae al Cuzco. Guardias y esclavos lo acompañan en el largo viaje.

Un domingo de mañana, sale don Diego de misa, más desfilando que caminando, seguido por el negrito que le lleva el reclinatorio de terciopelo. De pronto un par de ojos se clavan, certeros, en sus orejas, y una capa azul atraviesa en ráfaga el gentío y se desvanece, flameando, en la lejanía.

Quedan las orejas como lastimadas.

1554
Lima

El alcalde y el cobrador

De aquí a poco, las campanas de la catedral anunciarán la medianoche. Entonces se cumplirá un año justo de aquel estúpido episodio que obligó a don Diego a mudarse al Cuzco, y de Cuzco a Lima.

Don Diego confirma por milésima vez que están las trancas puestas y que no se han dormido los que montan guardia hasta en la azotea. El mismo ha revisado la casa rincón por rincón, sin olvidar ni la leña de la cocina.

Pronto ofrecerá una fiesta. Habrá toros y mascaradas, juegos de cañas y castillos de pólvora, aves asándose en las hogueras y barricas de vino con las espitas abiertas. Don Diego dejará a toda Lima bizca de deslumbre. En la fiesta estrenará su capa de damasco y su nueva montura de terciopelo negro, tachonada con clavos de oro, que tan buen juego hace con la gualdrapa carmesí.

Se sienta a esperar las campanadas. Las cuenta. Suspira hondo.

Un esclavo alza el candelabro y le ilumina el camino de alfombras hacia el dormitorio. Otro esclavo le quita el jubón y las calzas, estas calzas que parecen

guantes, y las medias blancas caladas. Los esclavos cierran la puerta y se retiran a ocupar sus puestos de vigilancia hasta el amanecer.
Don Diego sopla las velas, hunde la cabeza en el almohadón de seda y, por primera vez en un año, se sumerge en el sueño sin sobresaltos.
Mucho después, empieza a moverse la armadura que adorna un rincón del dormitorio. Espada en mano, la armadura avanza en la oscuridad, muy lentamente, hacia la cama.



1554
Ciudad de México

Sepúlveda

El cabildo de la ciudad de México, flor y nata del señorío colonial, resuelve enviar a Juan Ginés de Sepúlveda doscientos pesos de oro, en reconocimiento de su tarea y para animarle en el futuro.
Sepúlveda, el humanista, no es solamente doctor y arcipreste, cronista y capellán de Carlos V. Brilla también en los negocios, según prueba su creciente fortuna, y en las cortes trabaja como ardoroso agente de propaganda de los dueños de las tierras y los indios de América.
Ante los alegatos de Bartolomé de Las Casas, sostiene Sepúlveda que los indios son siervos por naturaleza, según lo quiere Dios, y que sobrados ejemplos brindan las Sagradas Escrituras del castigo a los injustos. Cuando Las Casas pretende que los españoles aprendan las lenguas de los indios tanto como los indios la lengua de Castilla, contesta Sepúlveda que la diferencia entre los españoles y los indios es la misma que separa a los machos de las hembras y casi la que distingue a los hombres de los monos. Lo que Las Casas llama abuso y crimen, para Sepúlveda es legítimo sistema de dominio y recomienda el arte de la cacería contra quienes, habiendo nacido para obedecer, rehúsan la esclavitud.
El rey, que publica los ataques de Las Casas, prohíbe, en cambio, el tratado de Sepúlveda sobre las justas causas de la guerra colonial. Sepúlveda acepta la censura sonriendo y sin protestar. Puede más, al fin y al cabo, la realidad que la mala conciencia, y bien sabe él lo que en el fondo saben todos los que mandan: que es el afán de ganar oro, y no el de ganar almas, el que levanta imperios.

1556
Asunción del Paraguay

Las conquistadoras

A sus espaldas cargaron la leña y los heridos. Como a niñitos trataron las mujeres a los hombres: les dieron agua fresca y consuelo y telarañas para las lastimaduras. Las voces de aliento y de alarma brotaron de sus bocas, y también las maldiciones que fulminaron a los cobardes y empujaron a los flojos. Ellas dispararon las ballestas y los cañones mientras ellos se arrastraban buscando sombrita donde morir. Cuando llegaron a los bergantines los sobrevivientes del hambre y las flechas, fueron las mujeres quienes izaron las velas y buscaron rumbo, río arriba, remando y remando sin quejas. Así ocurrió en Buenos Aires y en el río Paraná.

Al cabo de veinte años, el gobernador Irala ha repartido indios y tierras en Asunción del Paraguay.

Bartolomé García, que fue de aquellos que llegaron en los bergantines desde el sur, masculla sus protestas. Irala no le ha dado más que dieciséis indios, a él que tiene todavía hundida en el brazo una punta de flecha y supo pelear cuerpo a cuerpo con los pumas que saltaban las empalizadas de Buenos Aires.

–¿Y yo? Si te quejas tú, ¿qué diré yo? –chilla doña Isabel de Guevara.

Ella también estuvo desde el principio. Vino desde España para fundar Buenos Aires junto a Mendoza y junto a Irala subió hasta Asunción. Por ser mujer, el gobernador no le ha dado ni un indio.

1556
Asunción del Paraguay

"El Paraíso de Mahoma"

Ruedan los dados. Una india sostiene el candil. Desnuda se la lleva quien la gana, porque sin ropas la ha apostado quien la pierde.

En el Paraguay, las indias son los trofeos de las ruedas de dados o naipes, el botín de las expediciones a la selva, el motivo de los duelos y los asesinatos. Aunque hay muchas, la más fea vale tanto como un tocino o un caballo.

Los conquistadores de Indias y de indias acuden a misa seguidos de manadas de mujeres. En esta tierra estéril de oro o plata, algunos tienen ochenta o cien, que durante el día muelen caña y por la noche hilan algodón y se

dejan amar, para dar a sus señores mieles, ropas, hijos: ellas ayudan a olvidar las riquezas soñadas que la realidad negó y las lejanas novias que en España envejecen esperando.

–Cuidado. Van a la cama con odio –advierte Domingo Martínez, padre de infinitos mestizos y futuro fraile. El dice que son las indias rencorosas y testarudas, siempre ávidas de regresar al monte donde las cazaron, y que no se les puede confiar ni una onza de algodón porque lo esconden o lo queman o lo dan, que su gloria no es sino echar a perder a los cristianos y destruir cuanto hay. Algunas se han matado ahorcándose o comiendo tierra y hay quienes niegan el pecho a sus hijos recién nacidos. Ya la india Juliana mató una noche al conquistador Nuño de Cabrera y a gritos incitó a las otras a seguir su ejemplo.

Coplas del mujeriego, del cancionero español

Como los moros gastan
siete mujeres,
también los españoles
gastarlas quieren.
¡Ay, qué alegría,
que ya se ha vuelto España
la morería!
Querer una no es ninguna,
querer dos es falsedad,
querer tres y engañar cuatro,
¡eso es gloria que Dios da!

1556
La Imperial

Mariño de Lobera

El caballo, pelo de oro y mucho brío, decide el rumbo y el ritmo. Si quiere galopar, galopa; busca el campo y retoza entre los altos pastos, se asoma al arroyo y regresa; respetuoso, al paso, va y viene por las calles de tierra de la ciudad nuevita.

A rienda suelta, montando en pelo, Pedro Mariño de Lobera pasea y celebra. Todo el vino que había en La Imperial circula por sus venas. De vez en cuando, echa risitas y comentarios. El caballo vuelve la cabeza, mira y aprueba.

Hoy hace cuatro años que don Pedro abandonó el séquito del virrey en Lima y emprendió el largo camino hacia Chile.

–Yo tengo cuatro años –dice don Pedro al caballo–. Cuatro añitos. Tú eres más viejo y más bruto.

En este tiempo, es mucho lo que ha visto y peleado. El dice que de estas tierras chilenas brotan alegrías y oro como las plantas crecen en otras comarcas. Y cuando hay guerra, que siempre hay, la Virgen echa niebla espesa para cegar a los indios y el apóstol Santiago suma su lanza y su caballo blanco a las huestes de la conquista. No lejos de aquí, hace poco, estando los escuadrones araucanos de espaldas a la mar, una ola gigantesca los arrebató y se los tragó.

Don Pedro recuerda y comenta y el caballo cabecea.

Un relámpago viborea, súbito, en el cielo, y los truenos aturden la tierra.

–Llueve –comprueba don Pedro–. ¡Llueve leche!

El caballo alza la boca y bebe.



1558
Cañete

La guerra continúa

Con cien flechas en el pecho acaba Caupolicán. El gran jefe de un solo ojo cae derrotado por la traición. La luna solía detenerse para contemplar sus hazañas y no había entre los hombres quien no lo amara o lo temiera, pero un traidor pudo con él.

El año pasado, la traición sorprendió también a Lautaro:

–Y tú, ¿qué haces aquí? –preguntó el jefe de los españoles.

–Vengo a ofrecerte la cabeza de Lautaro –dijo el traidor.

Lautaro no entró en Santiago al frente de los suyos, a paso vencedor. Una lanza, la más larga del ejército español, llevó a Santiago su cabeza desde el cerro Chilipirco.

La traición es un arma tan devastadora como el tifus, la viruela y el hambre –que atormenta a los araucanos mientras la guerra va arrasando cosechas y sembradíos–.

Pero los labradores y los cazadores de estas tierras de Chile tienen otras armas. Dominan ahora a los caballos que antes les daban terror: atacan de a caballo, torbellino de jinetes, y se protegen con corazas de cuero crudo. Saben disparar los arcabuces que arrancan en el campo de batalla y atan las espadas a la punta de sus lanzas. Tras los ramajes que se mueven, en la bruma del amanecer, avanzan sin que los vean. Después simulan retirarse, para que los caballos enemigos se hundan en las ciénagas o se rompan las patas en las trampas ocultas. Las columnas de humo les dicen por dónde andan las tropas españolas: las muerden y desaparecen. Súbitamente regresan y se les echan encima cuando brilla fuerte el sol del mediodía y los soldados se están cocinando dentro de las armaduras. Los lazos corredizos, que Lautaro inventó, voltean a los jinetes.

Además, los araucanos vuelan. Antes de salir a la pelea, se frotan el cuerpo con las plumas de los pájaros más veloces.

Canción araucana del jinete fantasma

¿Quién es
el que cabalga en el viento,
como el tigre,
con su cuerpo de fantasma?
Cuando los robles lo ven,
cuando lo ven las personas,
se dicen en voz baja
unos a otros:
"Mira, hermano, ahí viene
el espectro de Caupolicán."



1558
Michmaloyan

Los tzitzime

Han atrapado y están castigando a Juan Teton, indio predicador del pueblo de Michmaloyan, en el valle de México, y también a quienes lo escucharon y le hicieron caso. Andaba Juan anunciando el fin de un ciclo y decía que estaba próxima la atadura de los años. Entonces, decía, llegará la completa oscuridad, se secarán los verdores y habrá hambre. En bestias se convertirán todos los que no se laven la cabeza para borrar el bautismo. Los tzitzime, espantosos pájaros negros, bajarán del cielo y comerán a todos los que no se hayan quitado la marca de los curas.
También había anunciado a los tzitzime Martín Océlotl, que fue preso y azotado, despojado y desterrado de Texcoco. También él dijo que no habrá lumbre en la fiesta del fuego nuevo y que se acabará el mundo por culpa de quienes han olvidado las enseñanzas de los padres y los abuelos y ya no saben a quién deben el nacer y el crecer. A través de las tinieblas se abatirán sobre nosotros los tzitzime, decía, y devorarán a las mujeres y a los hombres. Según Martín Océlotl, los frailes misioneros son tzitzime disfrazados, enemigos de toda alegría, que ignoran que nacimos para morir y que después de muertos no tendremos placer ni regocijo.
Y algo así también opinan, sobre los frailes, los antiguos señores que han sobrevivido en Tlaxcala: Pobres, dicen. Pobres. Deben estar enfermos o locos. A medio día, a media noche y al cuarto del alba, cuando todos se regocijan, éstos dan voces y lloran. Mal grande han de tener. Son hombres sin sentido. No buscan placer ni alegría, sino tristeza y soledad.

1558
Yuste

¿Quién soy, quién habré sido?

Respirar es una hazaña y la cabeza arde. Ya no caminan los pies, inflados por la gota. Echado en la terraza, el que fuera monarca de la mitad del mundo ahuyenta a los bufones y contempla el crepúsculo en este valle de Extremadura. El sol se está yendo más allá de la serranía morada y los últimos reflejos enrojecen las sombras sobre el convento de los jerónimos.
A paso vencedor ha entrado en muchas ciudades. Ha sido aclamado y odiado. Muchos han dado la vida por él; a muchos más les han arrancado la vida en su

nombre. Tras cuarenta años de viajar y pelear, el más alto prisionero de su propio imperio quiere descanso y olvido. Hoy ha hecho celebrar una misa de réquiem por sí mismo. ¿Quién soy, quién habré sido? Por el espejo, ha visto entrar a la muerte. ¿El que miente o el mentido?

Entre batalla y batalla, a la luz de las fogatas, ha firmado más de cuatrocientos empréstitos con banqueros alemanes, genoveses y flamencos, y nunca han traído bastante plata y oro los galeones de América. El que tanto amaba la música ha escuchado más truenos de cañones y caballos que melodías de laúdes; y al cabo de tanta guerra su hijo, Felipe, hereda un imperio en bancarrota.

A través de la niebla, por el norte, Carlos había llegado a España cuando tenía diecisiete años, seguido por su séquito de mercaderes flamencos y banqueros alemanes, en una infinita caravana de carretas y caballos. En aquel entonces él no sabía ni saludar en la lengua de Castilla. Pero mañana la elegirá para despedirse:

–¡Ay, Jesús! –serán sus últimas palabras.

1559
Ciudad de México

Los dolientes

El águila de los Austrias abre sus alas de oro contra el limpio cielo del altiplano. Sobre un paño negro, rodeada de banderas, resplandece la corona. El túmulo rinde homenaje a Carlos V y también a la muerte, que a monarca tan invencible venció.

La corona, copia exacta de la que lucía el emperador de Europa, ha recorrido ayer las calles de México. Sobre almohada de damasco, la trajeron en procesión. La multitud oraba y cantaba tras ella, mientras doblaban a muerto las campanas de todas las iglesias. A caballo desfilaron los señores principales, rasos negros, negros brocados, capotes de terciopelo negro bordados de oro y plata, y bajo palio atravesaron las nubes de incienso el arzobispo, los obispos y sus mitras fulgurantes.

Hace varias noches que no duermen los sastres. La colonia entera viste de luto. En los arrabales, los aztecas también están de duelo. Hace meses, un año casi, que están de duelo. La peste mata en cantidad. Una fiebre, que no se conocía antes de la conquista, arranca sangre de la nariz y los ojos y mata.

Consejos de los viejos sabios aztecas

Ahora que ya miras con tus ojos,
date cuenta.
Aquí, es así: no hay alegría,
no hay felicidad.
Aquí en la tierra es el lugar del mucho llanto,
el lugar donde se rinde el aliento
y donde bien se conoce
el abatimiento y la amargura.
Un viento de obsidiana sopla y se abate
sobre nosotros.
La tierra es lugar de alegría penosa,
de alegría que punza.

Pero aunque así fuera,
aunque fuera verdad que sólo se sufre,
aunque así fueran las cosas en la tierra,
¿habrá que estar siempre con miedo?
¿habrá que estar siempre temblando?
¿habrá que vivir siempre llorando?

Para que no andemos siempre gimiendo,
para que nunca nos sature la tristeza,
el Señor Nuestro nos ha dado
la risa, el sueño, los alimentos,
nuestra fuerza,
y finalmente
el acto del amor
que siembra gentes.

1560
Huexotzingo

La recompensa

Los jefes indígenas de Huexotzingo llevan, ahora, los nombres de sus nuevos señores. Se llaman Felipe de Mendoza, Hernando de Meneses, Miguel de Alvarado, Diego de Chaves o Mateo de la Corona. Pero escriben en su lengua, en lengua náhuatl, y en ella dirigen una larga carta al rey de España: Infortunados somos, pobres vasallos vuestros de Huexotzingo...

Explican a Felipe II que no pueden llegar hasta él de otra manera, porque no tienen con qué pagarse el viaje, y por carta cuentan su historia y formulan su demanda. ¿Cómo hablaremos? ¿Quién hablará por nosotros? Infortunados somos.

Ellos no han dado nunca guerra a los españoles. Veinte leguas caminaron hacia Hernán Cortés y lo abrazaron, lo alimentaron y lo sirvieron y cargaron a sus soldados enfermos. Le dieron hombres y armas y la madera para construir los bergantines que asaltaron Tenochtitlán. Caída la capital de los aztecas, los de Huexotzingo pelearon luego junto a Cortés en la conquista de Michoacán, Jalisco, Colhuacan, Pánuco, Oaxaca, Tehuantepec y Guatemala. Muchos murieron. Y después, cuando nos dijeron que rompiéramos las piedras y quemáramos las maderas que adorábamos, lo hicimos, y destruimos nuestros templos... Todo lo que mandaron, obedecimos.

Huexotzingo era un reino independiente cuando los españoles llegaron. Ellos nunca habían pagado tributo a los aztecas. Nuestros padres, abuelos y antepasados no conocían el tributo y a nadie lo pagaban.

Ahora, en cambio, los españoles exigen tan altos tributos en dinero y en maíz que declaramos ante Su Majestad que no pasará mucho tiempo antes de que nuestra ciudad de Huexotzingo desaparezca y muera.

1560
Michoacán

Vasco de Quiroga

Cristianismo primitivo, comunismo primitivo: el obispo de Michoacán redacta las ordenanzas para sus comunidades evangélicas. El las ha fundado inspirándose en la Utopía de Tomás Moro, en los profetas bíblicos y en las antiguas tradiciones de los indios de América.

Los pueblos creados por Vasco de Quiroga, donde nadie es dueño de nadie ni de nada y no se conoce el hambre ni el dinero, no se multiplicarán, como él quisiera, por todo México. El Consejo de Indias jamás se tomará en serio los proyectos del insensato obispo ni echará siquiera una ojeada a los libros que él, porfiadamente, recomienda. Pero ya la utopía ha regresado a América, que era su realidad de origen. La quimera de Tomás Moro ha encarnado en el pequeño mundo solidario de Michoacán; y los indios de aquí sentirán suya, en los tiempos por venir, la memoria de Vasco de Quiroga, el alucinado que clavó los ojos en el delirio para ver más allá del tiempo de la infamia.

1561
Villa de los Bergantines

La primera independencia de América

Lo coronaron ayer. Los monos se asomaron, curiosos, entre los árboles. La boca de Fernando de Guzmán chorreaba jugo de guanábanas y había soles en sus ojos. Uno tras otro, los soldados se arrodillaron ante el trono de palo y paja, besaron la mano del elegido y le juraron obediencia. Después firmaron el acta, con nombre o cruz, todos los que no eran mujeres, ni criados, ni indios, ni negros. El escribano dio fe y testimonio y proclamada quedó la independencia.

Los buscadores de El Dorado, perdidos en medio de la selva, tienen ahora su propio monarca. Nada los ata a España, como no sea el rencor. Han negado vasallaje al rey del otro lado del mar:

–¡No lo conozco! –gritó ayer Lope de Aguirre, puro hueso y cólera, alzando su espada cubierta de moho–. ¡No lo conozco, ni quiero conocerlo, ni tenerlo, ni obedecerlo!



En la choza más grande de la aldea, se instala la corte. A la luz de un candelabro, el príncipe Fernando come incesantes buñuelos de yuca regados de miel. Lo sirven sus pajes, el copero, el copa y jarro, el camarero; entre buñuelo y buñuelo, da órdenes a sus secretarios, dicta decretos a los escribientes y otorga audiencias y mercedes. El tesorero del reino, el capellán, el mayordomo mayor y el maestresala visten jubones en hilachas y tienen las manos hinchadas y los labios partidos. El maese de campo es Lope de Aguirre, cojo, tuerto, casi enano, pellejo quemado, que por las noches conspira y durante el día dirige la construcción de los bergantines.

Suenan los golpes de las hachas y los martillos. Las corrientes del Amazonas han hecho pedazos las naves, pero ya dos nuevas quillas se alzan en la arena. La selva ofrece buena madera. Con el cuero de los caballos, hicieron fuelles; de las herraduras salieron los clavos, los pernos y las bisagras.

Atormentados por los zancudos y los jejenes, envueltos en los vapores de la humedad y la fiebre, los hombres esperan que los barcos crezcan. Comen pasto y carne de buitre, sin sal. Ya no quedan perros ni caballos y los anzuelos no traen más que barro y algas podridas, pero nadie en el campamento duda de que ha llegado la hora de la revancha. Han salido hace meses del Perú, en busca del lago donde dice la leyenda que hay ídolos de oro macizo grandes como muchachos, y al Perú quieren regresar, ahora, en pie de guerra. No van a perder ni un día más persiguiendo la tierra de promisión, porque se han dado cuenta de que ya la conocen y están hartos de maldecir su mala suerte. Navegarán el Amazonas, saldrán al océano, ocuparán la isla Margarita, invadirán Venezuela y Panamá...

Los que duermen, sueñan con la plata de Potosí. Aguirre, que jamás cierra el ojo que le queda, la ve despierto.